

EL VIEJO BIPLANO

Ocurrió una tarde del mes de abril, paseando por el museo, entre aviones.
Rodeado de antiguos adversarios, en el fondo del hangar,
encontré un biplano de madera naranja, su tela encerada en colores de guerra.

Su motor elevado era la proa de un barco, buscando el horizonte.
Sobre ruedas deshinchadas, su viejo esqueleto se marcaba en la piel.
El timón de cola yacía en el suelo, picado de viruela.
Una fotografía color sepia al lado. Fechas y números.

Acaricé el fuselaje y el aire abandonó mis pulmones,
mi estómago se encogió, un escalofrío recorrió mi cuerpo.
Miré el puesto del piloto, sus oscuros instrumentos, sus palancas.
En la soledad del hangar, el avión me habló sin palabras.

El aire se llenó con su voz, voces de antiguos compañeros, sus carcajadas sinceras,
auténticos aviadores. Contaban historias vividas, cuanto miedo habían pasado,
luchas contra el frío, el cansancio y la voluntad.

En distintos idiomas, unos y otros hablaban
de pulsos a la noche, presentimientos y destinos , de volver a casa.
De enfrentarse a la conciencia y a los remordimientos,
de esa belleza que duele mirar, del miedo a morir.

Juntos escuchaban el dolor de la pérdida, las oportunidades pasadas,
con ojos brillantes y amplios silencios asentían,
con palabras de respeto se animaban, la mano en el hombro,
compañeros y enemigos se abrazaban.

- Es por las capas de pintura – , me dijo una voz despacio,
me giré para ver, junto a mí, al vigilante.

- Lo que hace que la pintura de la cola esté picada – añadió,
- una capa de pintura por cada vez que cambió de bando-.

Volví a mirar el avión, su presencia se recortaba en el silencio del hangar.

- Este avión no sabe de bandos– , en mi interior escuché sus voces, una vez más,

- solo sabe del respeto y la amistad entre hombres honrados - .